

# EL COMERCIO

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

## SUMARIO.

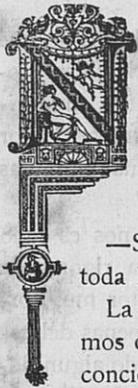
TEXTO.—Amor y fatalidad, leyenda caballerescas por A. E. de E. y S. (continuación).—L' infancia, (de J. Salis.) Trad. por don M. Obrador Bennassar.—El castillo de la armonía, poesía original mallorquina de D. Jerónimo Rosselló, por D. M. Zavaleta.—Dos amores, por Estelrich.

GRABADOS.—Vista en el puerto de Palma, por D. L. Mestre.

## AMOR Y FATALIDAD.

LEYENDA CABALLERESCA.

(CONTINUACION.)



o, de ningun modo consintió el caballero en que se le incomodase.

—¡Ah! suspiró ruidosa, estruendosa y colosalmente la otra dueña, ¡si supiérais lo que es amar, y, ay de mí, lo que es ser amada!

—Señora Ponciana, ¿os figurais que toda la vida he tenido cincuenta?

La buena Gervasia se rebajaba, debemos decirlo para tranquilidad de nuestra conciencia, quince años, tres meses, dos días y siete horas.

—No supongo tal, respondió Poncian.

—No señor, pues habeis de saber que en mis mocedades tenia un palmito que era lo que había que ver; ¡cuántos y cuántos me repetian que era una real moza y la bella de las bellas?

—Pischt, eso os decian, dijo su compañera encogiéndose de hombros, pero las había mas bonitas.

—Lo dificulto un poco, aun cuando fuera muy posible.

—Quizás...

Hay palabras que espresan los sentimientos

sin que los lábios pronuncien mas que un monosílabo que parece ageno á la cuestion. Un *qué sé yo*, un *quizás*, un *pero*, un *si no es*, un *tal vez*, especifican á pesar de su ambigüedad, mejor nuestros pareceres que conceptos claros, ó que un sí y un no rotundos. El *quizás* de la Ponciana era un *yo* solemne, ó al menos así lo comprendió su compañera, y creyendo que agua pasada no corre molino, trató de evitar la cuestion, no viniendo, sin embargo, en que la Ponciana llevara la Palma de belleza pasada, á la que con tantos derechos se creia, y como la proclamaban tantos y cuantos galanes en sus mocedades. Variando de conversacion creyó conciliar sus propios intereses con los agenos.

Vamos, y luego se dirá que doña Gervasia no era diplomática; yo creo que era muy digna de nacer en el siglo de los fósforos, ó cuando menos en el de las pajuelas.

—¡Pobre doña Florinda! ¿creis que se alegrará con la llegada del caballero? dijo meneando la cabeza con marcadas señales de desden.

—Es natural, dijo, que siendo ella jóven y tan hermosa como yo en otros tiempos, y él galan y buen mozo como dicen, no tardarán en amarse... si no se aman ya.

—Ojalá se cumplan vuestras predicciones, respondió la Gervasia verdaderamente preocupada, pues no hizo alto en la provocacion que la Ponciana hiciera de su antiquísima belleza.

—¿Habrà otro amor por medio? preguntó la otra sonriéndose maliciosamente.

—¡Jesucristo de mi alma, y qué lejos vais! En verdad...

—Vamos, no fué mi intencion... bien sabe Nuestra Señora de la Fuencisla... ¡qué misterios, Dios mio!... parece que estamos en un castillo encantado... Cásase la difunta señora (que en eterno descanso esté su alma), con don Beltran, cuando empezó aquel llanto amarguísimo que

no cesó hasta la venida de aquel pagedillo que tanto nos hacia rabiár, y que por cierto desapareció á la muerte de nuestra buena ama hará mas de diez años... ¿qué se hizo de él?... Acaso la hija amaria al que amó la madre... no le miraba, segun recuerdo, con malos ojos; ya se vé, tenían una edad...

—Qué disparates estais ahí ensartando; no hay nada de lo que os figurais, nada absolutamente... os repito que os equivocais.

—Está bien, pero... no acierto á explicarme la tristeza de doña Florinda; á buen seguro que ahora... pues... con Roberto, su prometido esposo, cesarán sus lloros y melancolías.

—Escuchad un momento... señora Ponciana, dijo la Gervasia acercándose á la otra dueña; pero alguien se acerca; ejem, ejem, añadió tosiendo.

—¡Brujas infernales! ¿estais ocupadas en preparar vuestros maldecidos untos, dijo el amable interlocutor que llegaba.

—Mal humor traeis, señor Ferran, ó mejor creo que vuestras acostumbradas ganas de bromear.

—¡Sí, bromas! Con la noche que he pasado no tendríais á fé mia tantas ganas de murmurar como acostumbrais.

—Señor Ferran, bien veis que estamos limpiando.

—La conciencia al prójimo; limpieza y murmuracion, achaques de dueñas son, añadió graciosamente el complaciente Ferran.

—Estais insufrible, señor Ferran ¿acaso tenemos nosotras la culpa de que no hayais dormido? Id noramala á otra parte á desahogar vuestra cólera, señor dormilon.

—¡Señora Ponciana!

—¡Señor Ferran!

—¡Señora Gervasia! gritó colérico á la Gervasia, que salió en defensa de su compañera.

—¡Señor Ferran! volvió á repetir la Ponciana, dejadme en paz con vuestras chocheces.

—¿Chocheces?... Algo sé de vosotras que no quisiérais que supiese, y algunos males se evitarian si no hubiese existido ni existiese dueña alguna.

—¿Qué sabe el viejo impertinente de nosotras? que hable, no se le teme, exclamaron á duo las dueñas.

—Ja, ja, ja... ¡Me divertís, dijo Ferran, que habia conseguido su objeto de irritar á sus antagonistas.

—El necio cree que dos honradísimas viudas

pueden oír con calma sus atrocidades y sandeces... pues esté firmemente persuadido que á no atender á su locura le habia de pesar... por el alma de mi padre, y le haríamos arrepentir de su conducta, decian la Gervasia y Ponciana, gritando cada vez mas exasperadas con la calma del amable, del bueno y del complaciente Ferran.

Esta esplosion, algo ruidosa en verdad, atrajo al campo de discordia á una persona, la que abriendo la puerta violentamente quedó en medio de los adversarios infundiéndoles un grandísimo pavor.

Era una jóven bellísima.

—¿Qué causa semejante gritería? ¿No os he repetido que queria cesasen vuestras eternas disputas? Cuidado... Ferran, sois un insolente. Vosotras preparad mi tocado... no tardaré en seguirlos.

Las dueñas se retiraron, no sin echar una mirada de triunfo sobre el bueno de Ferran, que se retiró refunfuñando.

—Sí, son brujas; reñirme á mí que la he visto nacer... por ellas... ¡si es un ángel!

#### IV.

FLORINDA.

¿Qué pesar tiene la bella Florinda? ¿Por qué clava sus bellos y rasgados ojos en la chisporroteante llama de la chimenea, anegados en lágrimas, dejando ver sus armónicas facciones? ¿Por qué bajando la cabeza la apoya en sus diminutas manos, admirando sus enanos piés?

Lenguaje es del corazon que no nos es dado comprender. ¿Experimenta Florinda rigores de la impaciencia? Pero pregunta el autor muy formalmente, ¿espera á alguien? Las penas del corazon son expansibles; así que cuando algun dolor nos aflige, abrimos nuestro corazon á cualquiera, sin que en estos supremos momentos sepamos distinguir al amigo del enemigo; pero como no hay mal que por bien no venga, tambien es cierto que estas confianzas han dado suficiente motivo para multitud de dramas, novelas, comedias, y cuanto Vds. quieran.

Sola estaba Florinda con sus recuerdos, que malos compañeros debian ser á juzgar por las lágrimas que hemos dicho vertia la apenada dama.

—¡Ah! decia con voz acongojada, ¡cuán desgraciada soy! ¡Dios mio! en vos confio mi suerte y la de mi...

Dijo con voz tan ininteligible sus últimas palabras, que apenas pudiera oírlas ella misma.

—¿Se levantó Roberto? preguntó en la estancia vecina una voz bronca.

—El caballero aguarda vuestras órdenes, respondió la conocida de Ferran.

—¿Y mi hija, sabes dó está?

—En el salon.

—Cuando te llame, avisarás á Roberto que tenga la bondad de presentarse en esta estancia, que deseo tener corta conferencia con él.

El que así hablaba entró en el salon en que estaba Florinda. Era un anciano alto, seco, de cabellos blancos, rostro severo, en el que brillaban dos ojos negros con estraña fiera; su boca estaba plegada con un gesto desdeñoso y altivo; iba envuelto en un ropón de terciopelo color carmesí, ceñido á la cintura con un cordon de oro, del que pendían una magnífica daga y una primorosa escarcela. Su cabeza estaba cubierta con una gorra de terciopelo negro.

Al ver á Florinda dulcificáronse sus facciones, y con tierna voz la dijo:

—¿Qué tienes, Florinda mia? Estás pálida, agitada...

—Nada, os lo aseguro... hace tanto frio...

—En efecto, la nieve blanquea nuestras montañas... Sabrás ya la llegada de Roberto.

—Sí, contestó débilmente la jóven.

—Sabes mi resolucion... sabes tambien el objeto que á Roberto trae á nuestro castillo.

—Mis acciones son la voluntad de mi padre. En este asunto como en los demás, os prestaré la sumision y obediencia que os debo.

—Sumision, obediencia.... repuso el anciano recobrando su fiera, hé aquí las palabras que resuenan constantemente en mis oidos; mi esposa obediencia, mis vasallos sumision, mis hijas obediencia y sumision... siempre las mismas palabras tan frias como la nieve que veo... y nada de amor y cariño, palabras dulces á cuyo nombre tan solo late mi corazon helado. Es decir que no he nacido sino para mandar y ser obedecido, y no ha de haber en mi sitio para amar... Amar, harto he amado... ser amado ya es diferente... Quise ser amado y se me respondió sarcásticamente: «tú naciste para el dominio, pero no para el cariño, no para el amor.» Y para mí el amor y el cariño se trasformaron en miedo y obediencia, en sumision y terror... ¡No se me ha amado!... Perdona, hija de mi corazon, he lastimado tu alma pura, perdona! he sufrido tanto... He sido tan desgraciado!...

Y cayó el anciano en su blasonado sillon, se pultando su cabeza entre las manos.

—Padre mio, replicó Florinda cayendo á los piés de su padre y cogiéndole una mano que cubrió de besos, no me habeis comprendido, ó mejor aun, creo me espliqué mal al deciros que cumpliria vuestros deseos con sumision y obediencia; debí deciros que el amor que os profeso y el que vos me profesais, nos aconsejan de la misma manera... ¿Qué juzgariais de mi cariño si os desobedeciese? añadió entre sollozos que apenas se oia su voz.

—¡Desgraciada de tí!... interrumpió don Beltran, dejándose arrebatar por su carácter y levantándose; pero reponiéndose añadió: no sé por qué me dejo llevar por una cólera infundada... y que tantas veces ha causado mi desgracia.

—No, padre mio, vuestra desgracia y la mia viene de manos de aquel de quien no nos es lícito quejarnos del mal que nos envia. ¿Quién sabe si lo que nosotros juzgamos es un mal, es precisamente un bien? dijo Florinda con solemnidad.

—¡Tienes razon! contestó el anciano. Tu pobre madre me decia lo mismo.

Y su semblante se anubló; la hija que lo notó se apresuró á decir:

—Desechad esos tristes pensamientos, padre mio, la hija os ama, os adora tanto como os pudo amar y adorar la esposa.

—Sí, lo sé, repuso reprimiéndose D. Beltran, como la esposa, murmuró mirando con desconfianza á su hija, no lo sé... no puedo creerlo, y añadió despues en voz alta:

—Florinda, retírate; Roberto está impaciente por verte, te debes componer para presentarte á él... en tanto que yo necesito hablarle... á Ferran que venga.

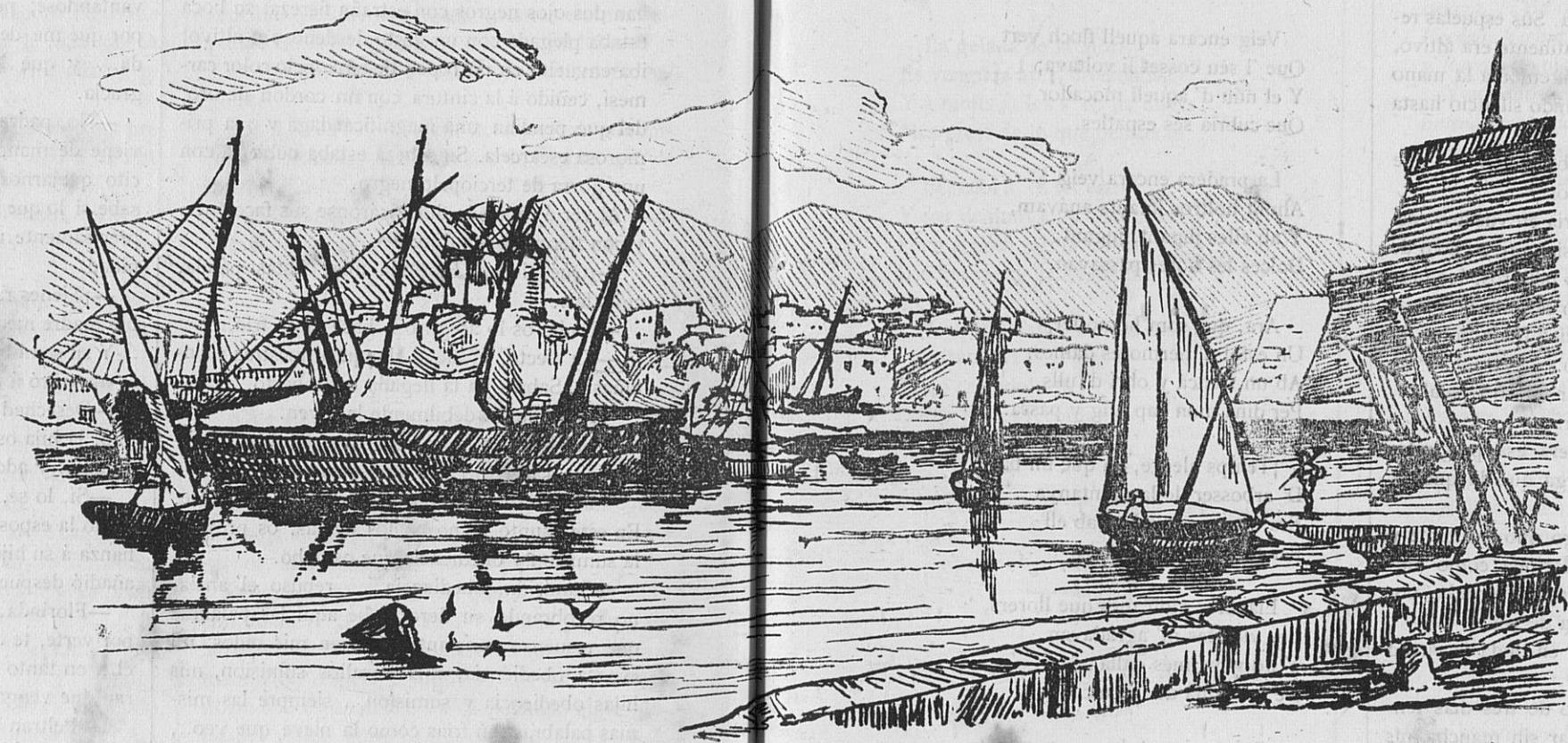
D. Beltran besó en la frente á Florinda.

Florinda besó la mano á su padre y se retiró.

Poco despues se presentaba el buen Ferran ante su amo, el que le mandó con voz clara é imperiosa sin dignarse mirarle, la orden de que introdujera en el salon á D. Roberto de Acuña.

Aquí se nos ocurre una reflexion: vemos que los tiranos y dominadores quieren siempre que se reconozca y celebre su tiranía, quieren dominar las almas, los sentimientos, como los cuerpos, lo que es imposible.

Un verdugo puede obtener el perdon de su víctima, su aprecio jamás.



VISTA DEL PORTO DE PALMA.

(Por Luis Mestre.)

V.

EL TORNEO.

Asaz pensativo estaba el noble D. Beltran, cuando Roberto de Acuña se presentó segun su mandato en el salon. Roberto tendria unos veinte y cinco años, el mirar de sus ojos pardos era dulce, una negra cabellera ornaba graciosamente su rostro, y el negro color de su barba contribuia á aumentar la palidez de sus facciones. Su vestido era severo y rico, al entrar llevaba en la mano una gorra, adornada con una pluma blanca, en tanto que la otra iba apoyada marcialmente en el pomo de su espada. Sus espuelas resonaban con sus pasos, su continente era altivo, pero modesto; estrechó con ceremonia la mano de D. Beltran, y guardó profundo silencio hasta que el anciano le preguntó:

—Mala noche, tuvisteis, Roberto, no creí que hoy os estrechara en mis brazos.

—Os prometí que hoy estaria en vuestro castillo, y un caballero debe ser siempre esclavo de su palabra. ¿De qué sirven los peligros, los obstáculos, los imposibles, cuando se trata de rescatar una cautiva de tanto precio? Nada sobre la honra y honor en un caballero.

—Roberto, venís á cumplir vuestra palabra, segun colijo por vuestro discurso.

—Si otro que vos me hiciera esa pregunta, una lengua mas aguda y larga que la que os contesta le respondiera.

—Siempre el mismo, amigo mio, valiente y discreto, sois tan digno de Florinda como Florinda es digna de Roberto, porque Florinda, podeis creer á un padre, es digna de vos.

—¡Ay del que osase poner en duda la virtud de la esposa de Acuña!

—Veo con gusto que dentro de tres dias tendré un hijo que sabrá conservar sin mancha mis blasones.

(Se continuará.)

L' INFANCIA.

(DE J. DE SALIS.)

Dols temps de la veritat,  
Ditxosa edat que 'm dexares;  
En mitx del trafec del mon  
Pensar en tu, ¡que m' agrada!

Ab tantes hores de nit  
Y de fosca qu' han passades,  
Encara veig ta claror  
Com la d' un estel qui guayta.

Jo la veig á *Ella*, la veig,  
Donzelleta agraciada,  
Quant cullia alegrement  
Florinèues aromades.

Ab tants d' anys trascorreguts,  
Jo la veig, com si fos ara,  
Rosseta com un fil d' or,  
Vestideta tota blanca.

Veig encara aquell floch vert  
Que 'l seu cosset li voltava,  
Y el núu d' aquell mocador  
Que cubria ses espatles.

La pradera encara veig  
Ahont noltros infants anávam,  
Y ab elles jugant, jugant,  
Dolces les hores passavan.

Ara, que som homo fet,  
Un estol d' hermoses dames,  
Ab un trencá y obrí d' ulls,  
Per dins mon cap fuig y passa.

¡Tems alegre, en que un bastó  
D' arbossar de la muntanya  
Era el meu cavall, y ab ell  
Per fora-vila trescava!

Llavors, molt més que lloers,  
Les violetes m' agradavan,  
Y no veyá més enllá  
De l' auzina de la tanca.

¡Quin goig, ab los meus soldats  
De plom, donar grans batalles,  
Més valent qu' un general  
Que deu mil guerrers comanda!

Sense desitjos mon cor,  
L' enveja en ell no hi niuava:  
¡Qué m' importavan els prínceps,  
Ni 'ls sabis, ni ses baralles!

Ab un cal-fret de tristor,  
Bell temps, jo 't record encara,  
Y gir los ulls cap á tu,  
Enterbolits per les llágrimes.

Aquells companys dels meus jochs  
Tots ja son vells; s' escamparen;  
Y algun que sabi es tornat,  
L' amistat nostra ha olvidada.

Ja no hi es aquell pedrís  
Ahont séyam tantes vegades;  
L' abret petit de llavors  
Ara es tornat un gros abre.

Devant l' altar novial,  
Destruïts varen romandre  
Molts d' aquells somnis d' amor  
Que 'l cor jovenet forjava.

La gelada de la Mort  
Es venguda ab l' hivernada,  
Y á molts ja los s' en ha duyt  
Més prest de lo que pensavan.

El redol s' es fet estret,  
Y per demunt ell s' escampan  
Poch á poch, ab la tardor,  
Les boyres de la vesprada.

Y els qu' han romasos derrers  
Suspiran fort desyara,  
Ab lo cor adolorit,  
Ple de tristes recordanses.

Trad. de

M. OBRADOR BENASSAR.

---

## EL CASTILLO DE LA ARMONÍA.

---

*Poesía original mallorquina de D. Gerónimo Rosselló. (1)*

Hay sobre cima frondosa  
que otéa montes y llanos  
castillo de siete torres  
y siete puentes flanqueados.

¡Ah, cuán hermosa es la Reina  
que se alberga en tal palacio!  
¡qué rica es y qué noble!  
y el castillo ¡qué elevado!

---

(1) Premiada con el primer premio en los Juegos Florales de Barcelona de 1862.

En su almena mas erguida  
el pendon se ufana ondeando,  
tejido de fina plata  
y de oro un sol recamado.

*Castillo de la Armonía*  
le llaman los comarcanos,  
porque de él salen suspiros,  
salen dulcísimos cantos.

Siete doncellas la Reina  
tiene de córte á su lado,  
siete bravos caballeros  
guardan los puentes torreados.

Ellas son: *Sabiduría,*  
*Belleza, Fé* (la de antaño)  
*Verdad, Virtud, Esperanza,*  
y *Pureza* de ojos castos.

Y aquellos: *Amor, Poder,*  
*Entendimiento elevado,*  
*Entusiasmo, Sentimiento,*  
*Ingenio, Corazon franco.*

Gran fama goza la Reina  
por su decir encantado;  
por esto muchos la adoran,  
mas ¡cuán pocos los amados!

Feliz el que puede verla  
sin el velo del tocado,  
mas feliz el que ella mira,  
si sonríe ¡bienhadados!

Muchos suben, muchos suben,  
muchos la cima alcanzaron,  
mas descienden casi todos  
crudos desdeñes llorando.

¿Qué lanzon habrá tan récio,  
que de los guardias armados,  
de diamante en los escudos  
no se rompa en mil pedazos?

¿Qué mirada habrá tan tierna,  
qué acento tan dulce y mágico  
que conquisten los favores  
de las damas del palacio?

Maravillas de ella cuentan  
los que al alcázar llegaron;  
el eco de sus palabras  
el mundo escucha pasmado.

Su voz es sonido de arpa  
que se pierde en el espacio,  
su semejanza es el sol  
que ha por espejo el mar ancho.

En mayo mira la tierra  
y reverdecen los campos;  
de noche los cielos mira  
y fulgulan estrellados.

Llora la noche rocío  
si el sueño entorna sus párpados;  
se abre la flor, canta el ave,  
cuando se va despertando.

Por cierto es cosa bien triste  
ir á verla enamorado,  
y en la mitad de la cuesta  
caerse muerto de cansancio.

Peregrino, el peregrino,  
por las penas acosado:  
¿á dó vas por estas breñas  
camino, camino andando?

—Voy subiendo hácia la cumbre,  
peregrino sin descanso,  
por el amor de una Reina  
desde la cuna soñado.

Quiero me hechice su aliento,  
quiero abrasarme en sus hálitos,  
y daré toda mi vida  
por morir en su palacio.

Siento que al alma ilumina,  
late el seno á su dictado,  
y dó quiera su presencia  
siento, y á verla no alcanzo.

La veo en la luz del cielo,  
en los celajes dorados,  
en los colores del iris,  
en las llúvias y en el rayo.

Errante vá por los bosques,  
y sube por los peñascos,  
cruza prados y vergeles,  
y sestéa en los remansos.

Es suspiro del follaje,  
espuma del mar airado;  
es perfume de la rosa,  
del ruiseñor es el canto.

Nada bello, nada noble,  
nada grande bajo el manto  
de Dios encontrarse puede  
dó falta su ardor sagrado.

Yo quiero vivir por ella,  
yo quiero morir cantando;  
quiero su mano de esposa,  
quiero que inflame mi ánimo.

Alma mia, no te abrumes  
en un camino tan largo;  
deja la carga del cuerpo  
que te llevas arrastrando.

Estiende tus blancas alas,  
toma vuelo, y hasta lo alto,  
palomita, vé, y voltea  
la torre, vuela volteando.

Dios te libre de falcones,

de neblíes y milanos,  
de las flechas de los vicios,  
de los vicios queda en salvo.

Muchos serán que envidiosos  
tu pecho tomen por blanco,  
pero la fé será el brío  
que aliente tu vuelo rápido.

Para tí no habrá secretos  
en el corazon humano,  
ni sombras en lo futuro,  
ni laguna en el pasado.

Cantarás el bien terreno,  
llorarás el mal mundano,  
palomita, palomita,  
voltea, vuela volteando.

De la gótica ventana  
pon tu planta cabe el arco:  
cruza salas, cruza estancias  
del cristalino palacio.

Si te piden santo y seña  
«Poesía» grita en el acto;  
—¡Gloria á cuantos de allá vienen!—  
te irán allá contestando.

Baja entónces al jardin  
donde está el ídolo amado,  
y en la rama mas erguida  
posa del laurel sagrado.

Y una hoja entonces arráncale,  
y tráela sin descanso  
para la gloria de un nombre  
que tengo en mi alma encerrado.

MIGUEL ZAVALA.

## DOS AMORES.

—Soy luz y colores, verdad é ilusion;  
De un himno sublime soy cántico y queja;  
Y vengo del cielo y del alma soy vida:  
Soy el amor que llega.

—Soy sombra y tinieblas, recuerdo y verdad;  
Soy nota que espira de un canto que acaba;  
Yo vivo en el mundo si vence el instinto:  
Soy el amor que pasa.

ESTELRICH.

1874.